

¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES O RELIGIÓN CIVIL?

Jose María Mardones. Madrid.

El ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de setiembre ha desencadenado una fiebre patriótica en Estados Unidos y una serie de reacciones de tonalidad religiosa que se prestan a muchas consideraciones para comprender el fondo de nuestra sociedad y de las creencias religiosas, especialmente la facilidad con la que se usa y manipula el nombre de Dios. Los terroristas mueren invocando el nombre de Dios y G. Bush alineó enseguida a Estados Unidos con Dios, el bien, la “justicia infinita”, etc. No es extraño que rápidamente se propagara una animadversión frente a los musulmanes que ha costado la muerte a dos personas y surgiera, como ha comentado el intelectual palestino afincado en Nueva York, E. Said, un “ambiente de odio casi palpable” contra la minoría (siete millones de estadounidenses) de musulmanes.

Todos los sucesos y comentarios acontecidos en torno a este trágico suceso, con la atmósfera de la “gran guerra” casi inminente, de los “bombardeos a los campamentos talibanes”, etc., que parece desea el 92% de los estadounidenses, tensada cuando no alentada por numerosas páginas de los periódicos, son un caldo de cultivo propicio para que le demos la razón a la tesis del profesor de cambio social de la universidad de Harvard Samuel Huntington: Estamos ante un *choque de civilizaciones*.

Tras la caída del muro de Berlín nos dirá este autor, cesa la bipolaridad mundial y entramos en la era de un sólo sistema de producción-consumo, que algunos entienden es también la época de un sólo mercado mundial y hasta un único pensamiento neoliberal dominante. En esta situación no cabe ya esperar que las confrontaciones o conflictos del futuro sean de tipo económico o político ya que no hay razones para esta contraposición. ¿Dónde queda agazapado el potencial conflictivo mundial? A juicio de Huntington en el ámbito cultural. Es la cultura, las diferencias culturales, donde la religión juega un papel determinante, las que saltan ahora al primer plano y enseñan incluso sus colmillos afilados y dirigidos unas contra otras.

S. Huntington ya avistó que la cultura islámica ofrece una inquietante “frontera sangrienta” a todo lo largo de sus fronteras con las demás culturas empezando desde los Balcanes, siguiendo por el Cáucaso, el Oriente próximo, Cachemira, Indonesia, Filipinas y recorriendo África desde Sudán a Liberia. Tanto con cristianos como con hindúes, judíos o animistas el Islam es conflictivo. ¿Es el Islam o lo son los diversos dramas que tienen lugar desde tiempo inveterado y que tiene a musulmanes en su seno? ¿Es una cultura islámica o es una situación de desigualdad, agravios e injusticia?. Aquí están las preguntas que llevan a unos a reducir el conflicto a “religión” y otros a poner el énfasis en la pobreza, la ignorancia, la desigualdad y la injusticia. ¿Estamos ante un “choque de civilizaciones” o ante el desgarro de la desigualdad, el analfabetismo y la miseria? O más bien, nos encontramos ante una complejidad de factores irreducible a la simpleza de los dilemas o polaridades extremas.

Quizá queda menos duda acerca de la revitalización de la “religión civil” norteamericana con motivo de estos tristes acontecimientos. Todos hemos sentido como traspasa el corazón el “*God bless America*” escuchado ante la cercanía de los muertos y desaparecidos. No hay duda



que sus notas recuerdan a los estadounidenses su historia nacional mitificada por la religiosidad de los primeros colonos que traían la esperanza de hacer de Norteamérica la Nueva Jerusalén. Esta mentalidad mesiánica unida a lo que S. Below ha denominado en estos días el “angelismo” ingenuo de sus habitantes, poco conscientes de la política exterior estadounidense y del sufrimiento que ha causado en tantas partes del mundo desde Latinoamérica hasta el Medio Oriente, les hace proclives a sentirse permanentemente llamados a ser la “luz sobre la colina” del mundo, una elevación cultural y religiosa que se ve sacudida con la representación massmediática mundial de la caída de las Torres Gemelas.

G. Bush expresa lo que siente el “ciudadano medio” cuando apela al “sacrificio” y a la larga lucha del bien contra el mal o terror, de la justicia de los buenos identificada con Dios contra el atrevimiento de la maldad que se ha permitido hollar el suelo sagrado norteamericano. Como ya vio y propuso J. J. Rousseau hay una profesión de fe meramente orientada a la Patria, el Estado, la sociabilidad de los ciudadanos, cuyos artículos de fe son fijados por este sentimiento nacional y que expulsa a quien no los acepte. La piedad de esta religión se expresa en señales de reconocimiento, autoadoración, a la propia sociedad mediante gestos y rituales de respeto a la bandera, las insignias y jerarquías de la nación, los recuerdos y celebraciones de gestas patrias, próceres, instituciones, constitución, himno, etc. Una *religión civil* para uso y consumo de los buenos ciudadanos.

Esta religión pública, laica, recorre el alma de todos los patriotas y, sin duda, se ha estremecido estos días en Estados Unidos. Un pueblo, que al decir del estudioso Sydney Mead, tiene el alma de una iglesia, ha latido con particular fuerza en estos momentos al ondear de banderas y banderitas en todos los lugares.

Lo peligroso de las religiones, también de la religión civil, es usar el nombre de Dios en vano. Cuando tras el ataque terrorista se tiende a ver el odio musulmán a la libertad, prosperidad y hasta felicidad norteamericanas, entonces entramos en un peligroso disparate paranoico que puede disponer para el choque o guerra de religiones, culturas y civilizaciones.

En estas circunstancias los ciudadanos y creyentes estamos llamados a ser críticos y lúcidos: no se enfrenta el cristianismo al Islam, Cristo a Alá, sino esta enfebrecida religión patriótica estadounidense a la en todo caso fanática y enfebrecida religiosidad del terror que dice inspirarse / justificarse en referencia al Corán. Dios, el Dios de la Biblia y del Corán, no es un Dios sanguinario ni revanchista ni siquiera ante los que cometen la injusticia. Es “lento a la ira y lleno de piedad”, es “el compasivo y misericordioso”, es el que “tanto amó al mundo que le entregó al Hijo”; es aquel que nos interpela desde estas situaciones a orientar nuestros turbulentos sentimientos hacia la superación de la injusticia objetiva y nos insta a crear puentes de entendimiento con el otro. Sólo la comprensión y entendimiento mutuo nos defenderá frente a la barbarie. Y para ello hay que denunciar la manipulación “cristiana” y “musulmana” de Dios.

Nos alegra escuchar que también en universidades, colegios e iglesias de Estados Unidos se debate sobre cuál debiera ser la respuesta adecuada. Incluso algunas familias de las víctimas rechazan la venganza militar. La esperanza del futuro camina por este lado de la discusión racional y la autocrítica, de la educación y el conocimiento del otro y no por el choque de civilizaciones.